

# Raúl Rangel

## EL UNDERGROUND EN NEW YORK

Si se pudiera hacer una especie de "Guía para aprender a ver", sería necesario abrir un capítulo especial para ciertas impresiones que, por ser las primeras, las más inmediatas, se tienden a calificar de superficiales, de obvias; sin embargo, muchas de nuestras ideas de validez más general, suelen venirnos de esas impresiones, cuando logramos extraer de ellas lo que no se ha pensado, lo que no se ha observado, un poco antes de que queden fijadas en lo simplemente natural, que es siempre el peligro de la observación de lo "obvio y superficial".

Afortunadamente, por lo que se refiere a New York, esas impresiones son lo bastante fuertes como para que uno logre captarlas por más tiempo, antes de que se sumerjan como un fondo acostumbrado y sin relieves. Uno se encuentra, como en ninguna otra ciudad en el mundo, con la obra del hombre llevada a una dimensión de inmensidad, de "montañismo" tal, que al mismo tiempo fascina y aplasta. Sucede que, de improviso, se nos ha robado el horizonte usual, y no tenemos más el cielo azul cuando miramos hacia adelante. A cambio de ello se nos ha colocado una extensa muralla de concreto y acero, con ventanas que la distancia empequeñece. Y cuando levantando la vista de una manera casi vertical se quiere ver el cielo, éste es de un color gris que parece una cúpula, también de acero y de concreto, que lo encerrara todo. La dimensión de esos rascacielos es tan grande, que sin darse perfectamente cuenta, uno tiende a considerarlos como algo con existencia propia e independiente; se camina al pie de la piedra, con algo que impone silencio, como cuando se está dentro de una iglesia o una prisión, con cierta sensación de falta de libertad.

Sin embargo, hay también esa distancia, tan precisa, que separa a unos seres humanos de otros, colocando en primer plano ese fenómeno tan de nuestra época: la incomunicación. Hay razones para que ello sea así. New York, a diferencia de otras ciudades, no es una ciudad que gire en torno a un solo centro. Uno no puede ordenarla a partir de sus diferencias sociales, como se hace en otras partes donde se va a ver los barrios donde viven los muy muy ricos, los ricos, los pobres, y los muy muy pobres. Además de eso, New York es un lugar donde varias ciudades, de diferentes características, se han dado cita. Se puede pasar de una a otra, y con ello se va de una raza a otra, de un lenguaje a otro, de unas reglas del juego a otras, pasando del tironeo del comercio a la violencia racial. Por necesidad, por temperamento, por concepción incluso, un newyorkino tiene que ir al "grano", a lo que va, desnudando al máximo ese ceremonial, evidentemente hipócrita, con el cual nosotros solemos cubrir el camino entre los medios y el fin de nuestras relaciones. Creo que pocas ciudades en el mundo hay donde se pueda escuchar más claramente el ruido de las pisadas de una multitud donde todos caminan sin cruzar palabras entre sí. Esa multitud podrá llevar el mismo destino; pero cada uno sabe que va solo.

Esa soledad tiene algo que ver con el movimiento, con la búsqueda de un objetivo preciso. Hay otros momentos, en el café, ya en el autobús, que parece romperse. Surgen los comentarios, las palabras, algo que parece comunicación; pero ella no

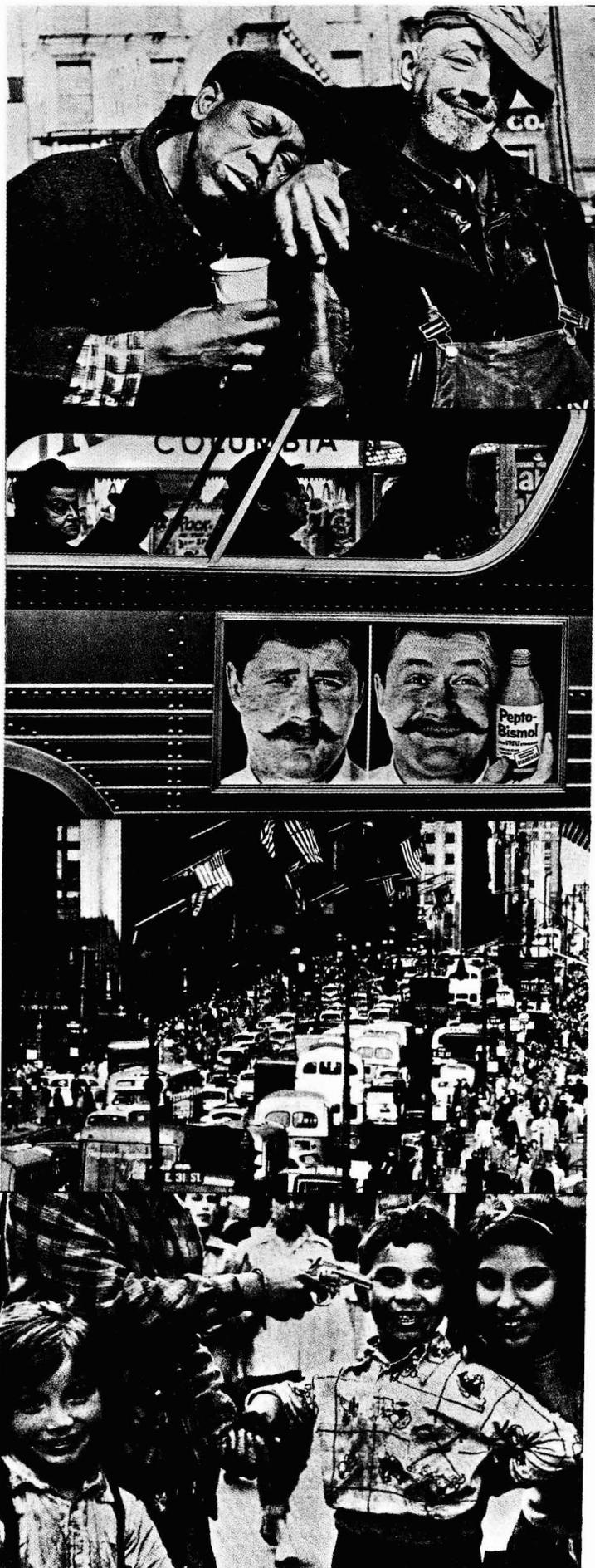
es nunca tan profunda para que logre romperse la impresión de extrañeza. Se coincide en un punto solamente, se tiene la calma para mirar hacia los lados; pero una vez puestos nuevamente en movimiento, se sumergen otra vez en sí mismos.

Posiblemente esa desnudez de los fines, sea lo que permite observar tan crudamente ese juego, esa violencia escondida, esa agresividad disfrazada que hay en el fondo de toda relación que implique fines comerciales. Uno puede mantener, en determinados niveles, una cierta cortesía, un plan "caballeroso"; pero cuando la lucha se hace más reñida, cuando se pelea ya por un margen preciso de centavos, el juego diversionista y la amabilidad desaparecen, o se integran al arsenal de las armas sutiles. Sé que esa es una práctica que abarca todo el trato social del mundo en el cual vivimos; pero enfrentarse con un vendedor de Broadway, es como vérselas con un boxeador profesional siendo un simple aficionado. Lo que se admira es esa perfección técnica a la que ciñe toda su conducta. Una mirada le basta para saber cuánto dinero trae un cliente, lo que le puede vender, el tiempo que puede perder, el método que debe utilizar, y una vez marcado el objetivo, el vendedor funciona con una especie de reflejo condicionado; sin errores. Trazado el plan, lo sigue sin desviaciones, sin interferencias, haciendo de todo titubeo, de toda consideración moral una simple debilidad. Ante ese espectáculo, uno, por comparación se percata de cuántos no humanos tienen esa conducta que a diferente grado de profesionalismo practicamos todos de una u otra manera. El mundo queda dividido en dos bandas irreconciliables a partir de la pugna por las ganancias, y esa misma dialéctica del combate, nos obliga a desconocernos, a no tener consideraciones los unos con los otros, a cerrarnos y vernos como "extraños", porque el reconocimiento humano resulta una debilidad; vernos como si fuéramos el otro es algo que no nos está permitido, porque, por lo general, la pérdida del otro es nuestra ganancia. Y es precisamente ese juego de tensas actitudes, de simple técnica superpuesta a la apariencia humana, lo que caracteriza la actividad de esos barrios comerciales de New York. Mientras no se logre esa perfección técnica, mientras sigamos en otros países dejando infiltrar de vez en cuando las debilidades humanas, creo que no podremos entender el preciso sentido de la palabra "relax", porque nos faltará la tensión y su opuesto.

Fue ese ambiente más "relax", el que se me dijo que yo encontraría en el Underground de New York, aunque suena un poco extraño que una ciudad tenga en el underground, en el subterráneo, casi en la clandestinidad, sus más calmadas relaciones humanas.

A diferencia del Greenwich Village, que es un ambiente ya especialmente montado para el gusto de los turistas, el underground se conserva natural, auténtico, aunque con sus nacientes brotes de comercialismo. Es el mundo donde vive la actual generación norteamericana de los *hippies*. Si por una parte es inevitable que cada generación llegue al mundo trayendo su porción de fresca conciencia, su modo de mirar, creo que la generación de los *hippies* tiene, en particular, una cantidad tan nueva de factores de juicio —la cual no excluye una dura crítica al pasado— que se permiten un rompimiento más frontal con otras generaciones norteamericanas.

Aclaremos por principio, que en su actitud, como en todas las de la juventud, no existe una solución sino una búsqueda; que la suya no es una afirmación sino una interrogación; que esa actitud pone en evidencia más bien lo que no sirve y lo que no convence, y que ella se caracteriza, también, por lo poco que se ha mantenido como principio estable y creíble. Si pretendiéramos colocar la validez de esa actitud dentro de los vie-



jos moldes de la "seriedad" y la "estabilidad" en los que han vivido otras generaciones, toda ella podría parecerse condenable, o en el mejor de los casos, extraña; pero si las tomamos como el lenguaje cifrado de una conciencia en formación, veríamos que sus interrogantes dejan ver los boquetes, los vacíos de un mundo, de una visión de las cosas, de una moral, que hasta hace poco nos parecía tan firme y que ahora —ellos lo anuncian— parece a punto de derrumbarse.

Sí, podríamos decir que nosotros marchábamos seguros y optimistas hacia el abismo, y ellos, más conscientes del futuro, se han detenido; que nosotros estábamos muy seguros de nuestra moral, de nuestros valores humanos y ellos, con otra conciencia, han visto hasta qué punto nos han deformado; que nosotros teníamos la estabilidad en una posición falsa, y ellos han trastocado esa estabilidad en tentativa por encontrar algo más verdadero.

Desde afuera, esa actitud parece francamente condenable. Son gente de apariencia descuidada, que propugnan por cosas tan extremas como la legalidad del uso de la marihuana, que están por el amor libre y la paz, y en contra de la guerra, que desconfían de la técnica, de la filosofía del "Time is money", que tratan de recuperar la capacidad de contemplar, la vida de los sentidos y la vuelta a la simplicidad. El lenguaje es un tanto incoherente: marihuana, paz, amor libre; pero sus movimientos extremos marcan los otros tantos movimientos extremos de nuestro propio mundo, las fallas de nuestra estabilidad.

Y sin embargo, todas estas diferencias no bastarían para destacar a los *hippies* como una generación aparte, si no fuera por una razón, de carácter histórico —la guerra de Vietnam— que les obliga a encarar las cosas con un compromiso de crítica a su sociedad cada vez más totalizante.

En otros tiempos, en la Primera Guerra Mundial, los Estados Unidos actuaron como una especie de potencia celestial que sólo bajó a la tierra, en el momento preciso, para decidir la suerte de los buenos en contra de los malos. En la Segunda Guerra Mundial su intervención fue más directa, obligada a pelear en un bando; pero las bases morales quedaron a salvo porque se peleaba por la libertad, la democracia, la igualdad, en contra de la dictadura y el racismo. Todo ello dejaba un buen espacio para los ideales y las concepciones heroicas, y uno podía pelear honestamente por una causa que, a pesar de todo, convenía. Con la guerra de Corea las cosas empezaron a cambiar; pero si la ilusión celestial no pudo mantenerse, al menos quedaba la confusión: los soldados norteamericanos ayudaban a un pueblo que combatía por la libertad; pero solamente le ayudaban.

En la guerra de Vietnam ya no hay argumentos que convengan. El papel de los héroes está liquidado. Se pretende llevarlos a pelear por una causa que no solamente no les convence, sino que repudian cada vez más abiertamente. Su rebeldía no está cimentada en una rígida posición ideológica. Sus dudas son elementales, simples; mas, por ello mismo, están al alcance de todos hasta constituir un movimiento: los efectivos militares crecientes —en hombres y en equipo bélico— la han convertido en una guerra norteamericana, en contra de otro pueblo infinitamente más pequeño y más débil que ellos. La caracterización de monstruos les queda, simplemente por medida, a ellos. Se trata de pelear por la libertad, se dice, pero esta es una libertad muy sospechosa porque se intenta imponerla. Se dice que en Vietnam se defiende al mundo libre; pero ese mundo libre que rebaza los límites nacionales para intervenir militarmente en otros pueblos, no es ni un país ni una nación, sino un imperio.

Ahora bien, si el pueblo norteamericano hubiera sido educado dentro de una tradición militarista como la de la Alemania anterior a las dos guerras mundiales, es presumible que no tendría ahora crisis de conciencia; pero a lo largo de su historia, los Estados Unidos habían guardado bien los límites de su heroicidad, lo immaculado de sus valores democráticos y los norteamericanos *han creído en ellos*. Su protesta no es el resultado de una formada concepción política. En vano se intentará buscar elementos "marxistas" dentro de ella. La suya es una crisis de conciencia. Se mueve al simple nivel de la duda, de la crítica. Es a partir de la guerra de Vietnam que todos los valores, morales, filosóficos, culturales de la sociedad norteamericana, han entrado en franca crisis.

En otros tiempos esa sociedad contó con bastante elementos positivos para caracterizar a sus críticos como simples desadaptados. Ahora esos elementos de crisis son lo bastante claros, han puesto tan al desnudo sus contradicciones que los desadaptados de otros tiempos tienen suficientes razones para calificar lo normal como la simple *estabilidad de lo anormal*.

Es natural, es lógico que un desarrapado *hippie*, que lucha por el amor libre, por la paz y por la marihuana, se considere no obstante más humano que el respetable ejecutivo de la *Chemical Dow Corporation* que se prepara a negociar el próximo envío de Napalm a Vietnam. Hasta el momento, la filosofía del "Businnes" parecía justificarlo todo. Ahora, desde el alto nivel del comercio con la guerra, todo el trato comercial hace que la sociedad quede convertida en una simple alianza entre "Asesinos y Prostitutas."

Es verdad, como alguien de la generación beatnik me dijo: los *hippies* no son un movimiento de intelectuales, sino de gentes al nivel de masa. Su preocupación es fundamentalmente vital: le tienen miedo a una muerte que no encuentran justificada por ningún ideal. Especulan muy poco sobre los fundamentos de la política; no leen mucho. Y sin embargo, esa actitud más



sencilla, más elemental, menos elaborada desde un punto de vista intelectual, es más importante que la sostenida por la antigua generación beatnik. Contra el poema "Aullido" de Ginsberg, ellos tienen a Los Beatles. Esa fácil comprensión de sus metas es lo que ha dado base a un movimiento; un principio de acción, una causa. Ello también les ha permitido organizar grandes manifestaciones contra la guerra, ampliar su base, contando con un público creciente a sus expresiones críticas; ello también imbuye de pasión a sus acciones, que la especulación intelectual y derrotista de los beatniks no tenía. El doctor R. D. Laing, uno de los críticos más agudos de esa "normalidad de lo anormal" dice en su libro *The Politics of Experience*:

"Con el intento de racionalizar nuestro complejo industrial-militar, hemos tenido que destruir nuestra capacidad de ver claro todo lo que está frente a nuestras narices. Mucho antes de que la guerra nuclear empiece, ya nos hemos tapado nuestra propia salida. Empezamos con los muchachos. Es importante agarrarlos a tiempo. Sin el más rudo y rápido lavado de cerebro, sus sucios espíritus podrían ver a través de nuestras sucias tretas. Los muchachos no están locos aún; pero nosotros los volveremos imbéciles, como nosotros mismos, con un alto I. Q. si ello es posible."

Y menos visible que la censura exterior que la sociedad impone a nuestras expresiones, hay otra, la interior, que nosotros nos formamos para poder vivir en ella. Esa censura interior es la que nos une a un cierto sentido de *complicidad*. Sabemos que tal o cual cosa no es verdad, que tal o cual valor carece de significado en la práctica, que palabras como libertad y democracia van quedando como formas vacías que pueden llenarse de diferentes contenidos; pero es necesario que ello no se sepa. En el momento en que una duda pudiera penetrar, si la farsa tuviera que ser reconocida, si los valores con los que se ha edificado una respetable vida llegaran a parecerse falsos, la vida toda perdería su sentido. Por ello, si del lado de los que protestan la situación es angustiosa, del lado "estable" de la sociedad norteamericana es peor aún: si en un momento dado el principio de complicidad se rompe, toda la sociedad puede quedar clasificada como una banda de asesinos.

Pero a pesar de todo lo evidentemente positivo que el movimiento de los *hippies* tiene, la dialéctica de su lucha les ha llevado a una exageración extrema opuesta a aquello que pretenden combatir. El uso de los alusinógenos se ha limitado en la mayoría de las experiencias a un puro nivel sensorial, utilizado como simple vía de escape, sumergiéndolos en una actitud contemplativa, completamente individualista. El éxtasis es la dispersión de la conciencia individual para lo cual no es necesaria ni la comunicación con los otros ni el compromiso con la realidad. No se vive más que el momento presente porque del futuro nada se sabe y el pasado está muerto.

Y con esa manera de vivir el presente como algo desligado del pasado y del futuro, los compromisos son insostenibles. La felicidad es un estado puramente personal de éxtasis, en el que el otro pasa a ser una simple sombra, o un instrumento. Las relaciones amorosas han pasado de la rigidez al relajamiento. Todo se reduce a un juego entre dos términos opuestos —el masculino y el femenino— que pueden ser fácilmente sustituibles. Y como el ser humano resulta demasiado conflictivo y problemático para garantizar la permanencia en el afecto, esa permanencia se localiza en la lealtad de los animales. El perro ha pasado a ser, en verdad, el mejor amigo del hombre o la mujer, substituyendo al hombre o la mujer como un elemento constante. El miedo al futuro, a la entrega, a los compromisos, a las antiguas formas de convivencia, cuyo fracaso ellos han

vivido, hace que los *hippies* prefieran mantenerse en un suspenso, en un punto donde la libertad se identifica peligrosamente con el vacío. Esa sucesión de presentes que son las relaciones humanas, tiene que renovarse cada día, y en cualquier otro día puede ser rota. Hay una gran porción de soledad, de angustia, en las más espontáneas muestras de afecto. Hay algo de frenesí, de intranquilidad, de vivir las relaciones como si se estuviera siempre en el último momento de ellas. Por ambas partes, por la del hombre y la mujer, se advierte la inseguridad ante la cual los hijos, la consecuencia máxima de una relación amorosa, resulta algo demasiado peligroso, tan impensable como el futuro.

El desprendimiento por los bienes materiales, su falta de ambición por el poder, es simplemente otra manifestación de la aversión a los compromisos. En un terreno de arenas movedizas, es imposible construir nada. Es necesario estar siempre listo, con el mínimo de carga material y el máximo de movilidad, para huir hacia otros lados. Es necesario mantenerse en movimiento, viajar de país a país, de persona a persona. Con camión, con avión, con LSD; con otro; siempre *de viaje*. Ese tema es también mitad en la vida de los *hippies*.

Por otro lado, esa posición del *hippie*, llevada como una simple pose, tiene evidentes ventajas: se justifica el no trabajar, el no comprometerse, el evitar cualquier aspecto molesto de la realidad por medio de un viaje, hacia adentro o hacia afuera, el llevar una vida dedicada a la pura contemplación, sin hacer nada, fijándose metas; solamente en lo inmediato.

Por todas las relaciones económicas, políticas y bélicas que nos unen, el mundo no es más ese mar en el que los países aparecían separados, como islas, alimentando el mito de su autonomía. No es ningún descubrimiento decir que todos los pueblos están relacionados entre sí. Lo que es necesario destacar, es que

esa manera de relacionarnos, no implica muchas veces la armonía sino el conflicto. Y que en otras tantas ocasiones nuestra tarea consiste en reconocernos por encima de esos conflictos que amenazan enfréntarnos en un futuro próximo.

El mundo se podría comparar con un globo al que se le ha metido demasiada presión. A veces el vacío en que vive la juventud de un país, sólo se explica por la opresión que se resiente en otras partes. Desde dentro, ese vacío puede indentificarse con la libertad, esa libertad sin objetivos que tantas veces se abre en el horizonte de los *hippies*; pero esa misma libertad es la que por otra parte, defienden los soldados norteamericanos en Vietnam. Frente a ella, Vietnam, Cuba y muchos otros países de Asia y América Latina, ven la potencia de los Estados Unidos, como una fuerza opresora y amenazante. Las manifestaciones de protesta que la juventud norteamericana puede hacer *dentro* de los Estados Unidos, es sin duda mucho mayor que la que la que la juventud latinoamericana puede hacer afuera. Pero a pesar de todo, los *hippies* son un movimiento de protesta de la sociedad norteamericana, esto es, comparten las bases sociales de aquello que pretenden combatir, y sus formas de expresión y de lucha no pueden ser explicables más que en los Estados Unidos: todas ellas tienen el fondo acolchado de la sociedad industrial más poderosa del mundo, lo cual, aunque ellos no quieran, les mantiene en una especie de celda de cristal. Hay algo que roba las consecuencias últimas de sus actos, aun los más agresivos, dejándolos en el nivel de simples poses: es como un practicar las filosofías de la India, sin sufrir el hambre de los indúes; es como el quitarse los zapatos para sentir nuevamente el aspero suelo en la planta de los pies, pero con la seguridad de que los zapatos están a su disposición; es como practicar la pobreza como deporte, en una sociedad rica y poderosa.

